

09



José Manuel Prieto González. Fuente: Ipazud.

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2015.2.a09>

“Un patrimonio limitado al interés de una élite académica es un patrimonio absolutamente vulnerable”

Entrevista con **José Manuel Prieto González**

Leopoldo Prieto Páez

Se habla de amenaza, de pérdida de valor intrínseco, de riesgo manifiesto. En las últimas décadas la idea de patrimonio se asocia indefectiblemente con deterioro, con apuro por desaparición, por pérdida de sus valores, por depredación en su consumo, con miedo a la ausencia. Hasta hace unas décadas la idea de lo patrimonial resultaba poco menos que una curiosidad, con el tiempo las discusiones se han vuelto más complejas, los conceptos se han ido re-elaborando y ha trascendido la mera fórmula de la conservación para poner en discusión nuevos valores y nuevas actitudes para asumir la herencia del pasado.

En ese devenir discursivo sobre el concepto, muchos aspectos han permeado el análisis. De ese cúmulo inmenso vale la pena señalar aquí el que lleva a entender el patrimonio como dinámico, como parte fundamental de los procesos contemporáneos, que invita a dejar atrás la idea de un ente estático, inmutable e intocable, para articularlo con la memoria con el objeto de reconocer nuevas dimensiones y por supuesto nuevas formas de patrimonio.

Sobre estos dilemas versa esta conversación con el profesor José Manuel Prieto, quién se ha preocupado por el

patrimonio urbano y específicamente por el patrimonio urbano moderno, su punto de vista de absoluta pertinencia para las difíciles e inacabadas discusiones sobre el patrimonio urbano en el contexto local. José Manuel es docente de la Facultad de Arquitectura y Diseño Industrial de la Universidad de Nuevo León en Monterrey en México y autor del libro *Patrimonio Moderno y Cultura Arquitectónica en Monterrey* (2014).

Leopoldo Prieto: Desde hace un tiempo las discusiones sobre el patrimonio, al menos en Colombia, se han vuelto más álgidas; parece tener un papel preponderante, sobre todo en los entornos urbanos, aunque aún no hay certeza de cuál es ese papel. Quisiera comenzar la entrevista por donde comúnmente se cierra y es preguntándote ¿cuál es ese reto? ¿Cuál crees que es ese papel del patrimonio en la ciudad contemporánea?

José Manuel: Yo creo que tiene un papel protagónico, aunque puede haber variaciones. Depende de la ciudad, del tipo de sociedad..., en estos aspectos no hay homogeneidades, pero tiene un papel fundamental sobre todo desde el

punto de vista identitario, mal que les pese a *gurús* como Rem Koolhaas. Me viene a la mente una idea de Alain de Botton en *La arquitectura de la felicidad* en la que nos recuerda cómo a menudo miramos a nuestro alrededor para saber quiénes somos. Me parece una buena definición de los usos que puede tener el patrimonio, pues siempre es útil para cualquier ciudadano reflexionar acerca de dónde viene, cuáles son sus raíces, qué debe el presente que él vive al pasado del que procede. Por supuesto, desde esa perspectiva también el patrimonio puede ayudarnos a vislumbrar hacia dónde vamos o hacia dónde queremos ir.

Aunque sé que esto es complicado, pues hay dinámicas que a veces no permiten que este objeto central del patrimonio se realice. Es, por ejemplo, el caso de Villa de Leyva, localidad que he podido visitar estos días. Tuve una impresión más vívida de su valor como patrimonio cuando llegué a ella en una noche solitaria o con las calles casi vacías; gracias a esto pude formarme una idea de ese pueblo, de lo que pudo haber sido en otro tiempo, del sentido y la correlación de sus espacios públicos y privados, y de las sorprendentes afinidades de esta zona rural de Colombia con ciertos pueblos pintorescos de España como La Alberca (Salamanca). ¡Qué difícil fue notar eso en la mañana turística de fin de semana, con muchas –¿demasiadas?– personas llegando, con otras dinámicas adaptadas a este carácter de lugar turístico! Para captar ciertas cosas de estos ambientes necesito cierta tranquilidad y cierto silencio, mismos que son inherentes a estas zonas rurales, a diferencia de los ruidosos entornos urbanos. El bullicio excesivo resta magia y encanto a estos pueblos. La superpoblación, que empieza a ser un serio problema a nivel planetario, se expresa también en cierto modo a este respecto.

Creo que el pleno disfrute de estos lugares requiere de un justo equilibrio. Entiendo perfectamente que es mucha gente la que ahí se gana la vida con las ganancias que deja el turismo, que esa actividad o las diversas actividades económicas que rodean esos ambientes son necesarias, porque como decía el urbanista italiano Giuseppe Campor Venuti, pionero de la recuperación integral de centros históricos, es absurdo –cultural y políticamente– proponer en esos sitios la salvación de las piedras y no la de los hombres. Sin embargo, no deberíamos permitir que la dimensión económica del turismo prime o domine sobre la dimensión propiamente cultural; esto para mí es un punto fundamental. La cuestión patrimonial, clave en el desa-

rollo de muchos territorios, no debería desvincularse de una verdadera apropiación social de los ciudadanos ni de congruentes políticas de valoración cultural.

L.P.: En general, México es conocido como un país cuya riqueza patrimonial es enorme, y sus políticas públicas, así como el desarrollo profesional alrededor del tema, es referente mundial. ¿Cuál es tu opinión alrededor del tratamiento que se le da al patrimonio mexicano en las ciudades? ¿Se equiparan los avances a los del patrimonio precolombino? ¿Qué alcance han tenido?

J.M.: En primer lugar creo que habría que establecer diferencias claras entre ciudades. Hay un grupo que denominaría “de élite”, pues son ciudades Patrimonio de la Humanidad, localizadas casi todas en el centro y el sur del país: Zacatecas, Puebla, Querétaro, Oaxaca, Guanajuato, Morelia, Ciudad de México, San Miguel de Allende y otras. En casi todos los casos hablamos específicamente de los respectivos centros históricos. El norte del país, con ciudades más modernas y distinto pasado colonial, es otra historia. No falta patrimonio en ellas, pero con frecuencia es de otra índole (industrial, por ejemplo) y cuesta más apreciarlo.

Las primeras son las que se ven más implicadas por la actividad turística y por la explotación económica, pero a veces de una manera bastante desequilibrada, propiciando con ello desigualdades urbanas muy marcadas. Rebasar los perímetros históricos supone a menudo adentrarse en otro mundo, en áreas urbanas sumamente degradadas. La actividad turística también puede agudizar ciertos problemas. El turismo no siempre es la panacea. Casos como el de Venecia, símbolo del turismo desregulado, son paradigmáticos a este respecto. Como decía recientemente el escritor y periodista argentino Martín Caparrós, lo que está hundiendo Venecia no es el asalto de las aguas sino el peso de los millones de turistas. Es decir, el turismo puede matar, Venecia puede morir de éxito. Es verdad que es un caso singular en términos numéricos, pero cuando uno se percata de la ingente cantidad de población que ha perdido esta ciudad en el último medio siglo (los casi 175 mil vecinos de 1950 se han visto reducidos hoy a poco más de 55 mil), es fácil darse cuenta de las afectaciones que ese turismo causa en los residentes. Sin ser tan grave, otras ciudades como Barcelona empiezan a sentir de lleno esos problemas. El turismo de masas ha expulsado población local y ha

hecho aflorar asociaciones vecinales que protestan contra esas hordas de turistas, muchas veces ruidosas e incívicas, que ni siquiera dejan descansar en las noches. En ciertos momentos del año llegan a Barcelona y a otras localidades de la costa catalana jóvenes de toda Europa, sobre todo de Reino Unido, enganchados a un turismo “depredador” y de borrachera; ellos viene a “pasarlos bien”, y de paso lo que hacen es alterar la vida cotidiana de la población local. No debe confundirse al turista de hoy con el viajero de otras épocas, actualmente en vías de extinción.

Ahí aparece el dilema una vez más: ¿en quiénes deben pensar primero los gobiernos, en los residentes o en los turistas? ¿Debe sacrificarse todo a las ganancias que deja el turismo? Ciertamente, pensar en el poblador local implica tener en cuenta su bienestar en términos económicos y de empleo, pero no solo eso. Implica también preservar su historia y su cultura con autenticidad, evitando adecuaciones turísticas mixtificadoras.

L.P.: Aparte del turismo, que se ha convertido en un problema al que no se le ha podido encontrar ese punto de justo equilibrio, ¿qué otras amenazas o qué otros peligros corre el patrimonio?

J. M.: Creo que un aspecto central, y esto es algo que he pensado mucho últimamente, es la necesidad de una verdadera apropiación social que permita que el valor del patrimonio tenga un futuro claro, que pueda experimentarse de verdad. Una de las condiciones para que esto suceda, quizá la más importante, es una ciudadanía mínimamente informada. Obviamente no se trata de exigir que la ciudadanía sepa absolutamente todo de la historia del arte, o que deba conocer la secuencia histórica completa de los estilos artísticos. Pero sí creo que los ciudadanos deberían poder tener más o menos claro que el arte o lo artístico en arquitectura no se circunscribe, por ejemplo, a los edificios barrocos (muy ornamentados), sino que alcanza también a la estética desornamentada moderna. En lo sobrio y austero, incluso en lo pobre, también anida la belleza, concepto, por cierto, que tampoco puede entenderse ya solamente en términos clásicos. Una ciudadanía informada a este respecto es también la que es consciente de que lo histórico no remite únicamente a un pasado remoto, pues también existe una historia reciente, moderna o contemporánea, pero historia al fin y al cabo.

Hace un tiempo hicimos ese experimento, contraponíamos en un par de fotografías la portada de una catedral barroca y la fachada de un edificio moderno racionalista. Luego preguntábamos a unos ciudadanos cuál de las dos tenía valor artístico e/o histórico, y la mayoría elegía casi automáticamente la que tenía ornamento; la fachada barroca era para ellos mucho más artística, lo cual implicaba un absoluto demérito de lo contemporáneo. Incluso dentro del heterogéneo mundo de lo moderno tienden a subvalorarse corrientes como el racionalismo o el funcionalismo frente a otras como el art déco, que precisamente no renuncian a la ornamentación. Para el público poco o nada informado, ornamento y decoración son sinónimos de belleza, de valor estético, artístico e histórico.

Ese es un riesgo para el patrimonio moderno racionalista, que obviamente no carece de valor. Es una posición de vulnerabilidad que, desde mi punto de vista, se podría mitigar con una ciudadanía más informada. En eso, nuestras sociedades latinoamericanas no están todavía al nivel de las europeas, probablemente por las deficiencias estructurales en materia de educación que aún sufrimos.

L.P.: Aquí entramos en un punto que me interesa y es esa relación entre patrimonio e historia, patrimonio y memoria. Me refiero a que lo no percibido como parte de la historia nacional, épica, grandilocuente y sus vestigios a través de la arquitectura monumental, las personas sienten que no es patrimonio. Es una preocupación que aparece en algún punto de tu libro.

J.M.: Desde luego, el patrimonio moderno en general, y dentro del patrimonio moderno incluyo el patrimonio industrial, está claramente infravalorado. En el caso de Monterrey además es increíble, pues esta ciudad no tiene un pasado colonial como el que tienen Guanajuato o Zacatecas, pero lo que tiene Monterrey que la distingue de otras ciudades de México es justamente su patrimonio industrial y moderno, que es más valioso para los regiomontanos en cuanto que insisten en presentarse como la capital industrial de México.

Lo que implica la infravaloración y la falta de una “alfabetización” ad hoc es que ese patrimonio industrial, interesantísimo, está en grave riesgo; gran parte de él está abandonado o en condiciones de ruina o semiruina. Un caso que usualmente pongo como ejemplo es la Maderería *La Victoria*, un edificio racionalista de gran factura arquitectó-

nica. Pues bien, yo llevo viviendo doce años en Monterrey y lo he conocido siempre igual, es decir, cerrado, abandonado, casi en ruinas, no siendo improbable que cualquier día de estos desaparezca, como ya ha ocurrido en la ciudad con otros interesantes inmuebles modernos como el Cine Reforma. Peor aún, a nadie le interesa, y ya se sabe que la indiferencia es la antesala del desprecio y del olvido. La autoridad no tiene una política pública que obligue al propietario a restaurar o adecuar el inmueble, y esto ya no tanto por cuestiones patrimoniales sino de seguridad, salubridad e higiene en la zona donde se encuentra. En caso de que el propietario no quisiera o no pudiera rehabilitarlo, la ley debería obligarle a venderlo, otorgando derecho de compra a las administraciones públicas sobre los particulares. Precisamente por su carácter moderno y racionalista, estos edificios son muy versátiles funcionalmente hablando, es decir, se podrían destinar a cualquier uso. Son, así, candidatos inmejorables a operaciones de reciclaje arquitectónico, no necesariamente de tipo museístico; ya estamos sobrecargados de museos. Con un poco de imaginación, estando atentos a las necesidades de la sociedad –en caso de darle un uso público–, podría obtenerse mucho beneficio.

Por ejemplo, es obvio que nuestras sociedades son hoy más longevas, la esperanza de vida ha aumentado y eso implica que los adultos mayores cada vez son un sector de población más numeroso, necesitado además de servicios, espacios y lugares de encuentro o recreación. Convenientemente adaptado, un edificio así podría servir como lugar de reunión de gente mayor, para pasar el rato jugando cartas o dominó, o simplemente platicando. Hay que pensar en esa arquitectura patrimonial, rehabilitarla o reciclarla, practicarla, darle nueva vida y nuevo uso. Entre otras cosas porque representan un riesgo a nivel urbano, pues la situación de abandono puede afectar negativamente al entorno; son, de hecho, externalidades negativas para los inmuebles contiguos. Un edificio abandonado genera inseguridad en el entorno y al final eso repercute negativamente sobre una zona urbana.

En sitios como Monterrey el patrimonio es un asunto del que se ocupa casi en exclusiva una élite académica, intelectual y burocrática. A nivel estatal está el Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, que se ocupa de estas cuestiones, pero desde un punto de vista muy básico o burocrático. Y estoy convencido de que si reducimos el tema a las preocupaciones de esa élite, el patrimonio local está irremediablemente condenado a desaparecer.

L.P.: En el caso bogotano, desde hace ya un tiempo hay una fuerte discusión sobre qué mantener, qué conservar, qué valorar como manifestación de un pasado que se convierta en memoria. En medio de esa discusión ha surgido una pregunta que me parece del todo legítima, y es ¿todo es susceptible de ser mantenido? ¿Todo lo viejo debe permanecer por su sola condición de ser testimonio de épocas pasadas? Hay, por ejemplo, casas muy antiguas en sectores del centro de la ciudad –y en realidad en muchos sectores– pero a sus dueños no les interesa mucho que sus viviendas sean declaradas como bienes de interés patrimonial –o de conservación–. Lo ven más como un castigo que como un premio, porque limita la posibilidad de desarrollar el predio, de demoler para construir un edificio al que podrían obtenerle rentas económicas muy altas, e insisto, esto no es solo en lo que se conoce como el casco histórico, sino en toda la ciudad. Ocurre tanto con el patrimonio colonial como con el republicano y el moderno. Y la pregunta, aunque incómoda, necesariamente debe hacerse: ¿qué es patrimonio? ¿Debe ser mantenido todo? ¿Todo es susceptible de ser patrimonio?

J.M.: No, claro que no. Y la pregunta es pertinente porque efectivamente hay gente que se posiciona en los extremos. Creo que el tema tiene que ver con un principio de valoración y pertinencia. Por ejemplo, si en una ciudad hay 500 edificios racionalistas y por cuestiones relacionadas con la dinámica urbana se pierden 100, 200 o 300, a lo mejor no hay mucho problema, porque en última instancia de cara al futuro se seguirá contando con una representación importante de ese tipo de inmuebles que se convertirán en testimonio de lo que esa sociedad urbana fue en un momento determinado. Bien es cierto que el criterio no puede ser solo cuantitativo, sino también cualitativo. Ahora bien, si pensamos en lo que ocurrió con el cine en los años 40 en México, cuando se popularizaron las grandes salas y se construyeron algunas –no muchas– en Monterrey con un estilo art déco, y hoy ya solo quedan en pie una o dos, pues a lo mejor merece la pena conservarlas como testimonio o documento de esa manifestación artístico-estética y de una forma de entender el ocio y el tiempo libre en un determinado momento de la historia de la ciudad. Creo que ese tipo de criterios son los que deben prevalecer, los que deben incluirse en las políticas de conservación y salvaguarda del patrimonio.



José Manuel Prieto González. Fuente: Ipazud.

Ahora bien, ¿a qué le damos mayor o menor importancia? Quisiera tratar este tema con un ejemplo muy concreto de la ciudad en que vivo, el Parque Fundidora de Monterrey. Las autoridades estatales pusieron mucho empeño hace un par de años en que fuera declarado patrimonio mundial de la humanidad dentro del rubro de patrimonio industrial. A pesar de que hubo algunas recomendaciones en el sentido de que no había posibilidad de lograrlo, las autoridades se empeñaron en seguir adelante con la candidatura. No obstante, esta se retiró en el último momento ante la seguridad de que no iba a obtenerse esa mención. La razón es que, para dar un reconocimiento de este tipo, la UNESCO toma muy en cuenta el carácter integral de los conjuntos propuestos. Desde el cierre de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey en 1986 se fue permitiendo en el antiguo complejo siderúrgico el desmantelamiento de una serie de estructuras, por considerar que tenían escasa o nula relevancia; fue el caso de las viviendas de los obreros, que se echaron abajo sin la menor consideración.

Esas viviendas, al igual que la escuela donde estudiaban los hijos de los obreros, formaban parte del conjunto industrial con el mismo “derecho” que los altos hornos y las diversas naves y talleres. A pesar de que en apariencia esas casas fueran vistas como algo modesto, sin ningún valor, hacían parte integral de este espacio. La UNESCO entendió que con su destrucción se mutiló una parte fundamental del conjunto. Hoy en día lo que se encuentra en el Parque Fundidora son una serie de piezas u objetos industriales un tanto descontextualizados (una chimenea por aquí, un alto

horno por allá, una antigua nave de maquinaria por otro lado... , luego –ya como parque– se incorporó una pista de carrera de autos, en fin...).

L.P.: Como la idea clásica de un museo.

J.M.: Exacto, como si fueran esculturas, cuando en realidad su valor reside en que formó parte de un conjunto y de una determinada época, y tiene sentido en tanto construcción simbólica que significa y representa algo para los habitantes de un territorio –Fundidora representa la pujanza industrial de la entidad–, pero como un todo, no como se presenta ahora, un tanto desarticulado.

Pero además hay otro asunto que me gustaría recordar, aunque creo que ya lo señalé antes, y es que cuando se habla de patrimonio cultural y específicamente de patrimonio histórico la gente tiende a entender lo histórico de manera casi automática como un pasado remoto o de muchos siglos, lo cual es absurdo pues en rigor lo que ocurrió ayer ya es historia. También hay una historia moderna y una historia contemporánea. Pensemos por ejemplo en el museo Guggenheim de Bilbao, un edificio que aún no tiene dos décadas de existencia, lo cual podría llevar a alguien a colegir que algo tan reciente no puede tomarse por histórico. ¡Pues vaya que sí es histórico ese inmueble! Sobre todo por lo que supuso su construcción para Bilbao, un punto de inflexión o verdadero parteaguas en la historia de la ciudad, pues detonó una revolución urbana que transformó la imagen de una vieja, sucia y fea ciudad industrial, una urbe

degradada y culturalmente irrelevante, por otra más atractiva y seductora que la trajo al primer plano del circuito de las ciudades españolas.

Hace 20 años, cuando se hablaba del País Vasco, la ciudad atractiva y con potencial cultural era San Sebastián (Donostia en euskera); pocos pensaban en Bilbao a ese respecto. El museo Guggenheim y todo lo que detonó después cambiaron esa percepción por completo.

Pero, como puede deducirse de lo que dije antes, patrimonio arquitectónico no es necesariamente sinónimo de obras grandes y espectaculares. También es cosa de obras modestas y pobres, no por ello menos significativas, sobre todo cuando la pobreza haya sido o sea seña de identidad. En Monterrey mucha gente es incapaz de valorar las modestas construcciones vernáculas de Barrio Antiguo, la zona identificada oficialmente con el centro histórico de la ciudad. Probablemente porque para muchos sigue siendo inevitable comparar ese centro histórico con los “grandes” centros históricos del país, los de las ciudades “patrimonio de la humanidad” señaladas anteriormente. En esa comparativa Monterrey siempre parece salir perdiendo, y además de forma humillante e indigna (ante la supuesta “grandeza” local). Cegados por el tradicional y oficial discurso de grandeza, que sigue vigente hoy, no entienden que esa modestia es reflejo de la irrelevancia de la ciudad en la época colonial –la “grandeza” llegaría con la industrialización desde finales del siglo XIX–, pues aquí no hubo minería de metales preciosos ni, por tanto, excedente económico que pudiera financiar grandes construcciones. Pero eso no tiene nada de malo. La célebre expresión de Octavio Paz según la cual la arquitectura es el testigo insobornable de la historia cobra aquí especial significado. Creo, asimismo, que determinados testimonios de arquitectura social del siglo pasado (viejas construcciones de madera que aún sobreviven) y del presente deberían considerarse también en la nómina patrimonial.

L.P.: En todo caso, parecería que el patrimonio necesita por lo menos un tiempo mínimo para madurar, es decir, se necesita un periodo para que una manifestación se considere patrimonial.

J.M.: Sí, claro, en el caso de Bilbao fue muy rápido, porque los más afamados críticos de arte y arquitectura se encargaron de convertir el edificio de Gehry en un ícono.

Medios de comunicación como *The New York Times* publicaron elogiosas reseñas del proyecto y se empezó a hablar del “efecto Bilbao”, incluso del “milagro” de Bilbao. El resultado fue tan exitoso que hizo que Gehry se autoplagara en el Disney World Concert Hall de Los Ángeles; de hecho, quienes encargaron ese auditorio pidieron al arquitecto algo parecido a lo que había hecho en Bilbao, dando por hecho que iba a tener el mismo efecto. Con esa misma idea se han llevado a cabo proyectos en otras partes del mundo, y en muchas ciudades fracasaron. Es el caso de la Ciudad de la Cultura de Santiago de Compostela (Galicia, España), un verdadero fracaso y un dispendio económico alarmante. Éxitos como el del Guggenheim de Bilbao son excepcionales, no pueden replicarse indefinidamente.

Como corresponde a nuestra época, hoy todo opera mucho más rápido, también en cuestiones de patrimonio. La torre Khalifa de Dubái adquirió de inmediato esa dimensión histórica al batir el récord de altura. Dubái como ciudad es otra cosa; ahí sí que creo que el paso del tiempo es clave para hacer ciudad, aunque ello –y en un caso tan singular como este a nivel mundial– no imposibilita otras formas de reconocimiento histórico.

L.P.: ¿Eso mostraría que el patrimonio no es replicable, que no es un producto industrial?

J.M.: Claro, exactamente. El caso del museo Guggenheim salió bien porque se dieron una serie de circunstancias en un contexto determinado que hicieron que esta estrategia funcionara. Pero replicar el modelo de una forma acrítica ha conllevado una serie de fracasos que fácilmente se pueden seguir por todo el mundo.

En todo caso, y para volver a la idea inicial, el Museo Guggenheim es un edificio muy joven, con historia contemporánea, que es un referente inequívoco de la Bilbao actual; si le preguntas a cualquier habitante de la ciudad seguro la respuesta va a ser que obviamente es un patrimonio colectivo, que tiene valor no solo por su significación como obra arquitectónica, sino también por la importancia en la reconfiguración de una imagen urbana.

L.P.: Supongo que también por las actividades que se realizan en su interior, es decir, tal vez el “efecto” es más contundente porque es un museo –o en cierto sentido un centro cultural– que un edificio privado o para la burocracia estatal, porque implica una

relación necesariamente abierta con los habitantes. Como cualquier museo o centro cultural depende mucho de que las personas se lo apropien, concurren allí, lo hagan parte de la comunidad.

J.M.: Efectivamente, entre otras cosas porque el solar donde ahora está el Guggenheim era un antiguo astillero, un lugar donde se fabricaban barcos. Recuerdo que el día de la inauguración los periodistas buscaban analogías entre la obra y algo conocido, y había gente que decía que el edificio se parecía a un buque varado. Me pareció “simpático” en principio, pero luego entendí que era un mecanismo que comenzaba a utilizarse para volver propio algo que en principio resultaba extraño, y de alguna manera esa referencia queda para el futuro, porque permite retomar la idea de que Bilbao destacó en esa actividad industrial de fabricación de buques.

L.P.: Hacía esta pregunta porque de hecho es una preocupación muy evidente ahora mismo. Tanto el sector público como el privado e incluso las ONG’s y todos los actores involucrados en la promoción y valoración del patrimonio están interesados en descubrir mecanismos para activar el patrimonio, para superar esa suerte de inmovilidad y hacerlo más dinámico.

J.M.: Es una cuestión difícil de resolver y es fácil caer en el simplismo, y déjame hacer la crítica con algo que me queda por mencionar del Parque Fundidora de Monterrey. Una de las principales atracciones allí es el llamado “show del horno” en el Museo del Acero, justo en el antiguo alto horno número 3. Mi punto de vista es crítico con ese tipo de planteamientos museográficos porque creo que falsean en buena medida la historia. Dado que formamos parte de la civilización del espectáculo, como nos recuerda Vargas Llosa en su ensayo sobre el tema, no debería extrañar tal vez esa denominación de “show del horno”, pero lo que me interesa destacar aquí es cómo la historia –historia dura, además– puede acabar convertida en mero espectáculo, dirigido principalmente a turistas.

Es un espectáculo multimedia de luz y color que de manera simulada pone en escena la producción del acero. El horno real está al fondo, ya sin funcionar, y de él hacen partir un surco o zanja en la que, a través del juego de luces, colores y sonidos, simulan que el arrabio incandescente o acero fundido fluye y hace el recorrido que se supone hacía en

otra época. Esto tal vez desde un punto de vista pedagógico, quizá para niños, pudiera tener algún sentido didáctico, pero creo que desde el punto de vista de la memoria se está falseando la historia, se la edulcora, se la dulcifica, se hace creer a las nuevas generaciones que esa empresa siderúrgica era casi una arcadia feliz, cuando lo cierto es que el trabajo allí desarrollado fue muy duro, de mucha peligrosidad.

De hecho, recuerdo haber leído crónicas de prensa sobre accidentes en Fundidora, muy reveladoras a este respecto. Uno de los últimos fue a comienzos de la década de los 70 del siglo pasado; se mencionaba la muerte de aproximadamente 17 trabajadores sobre quienes cayó una olla de arrabio que hizo que prácticamente se desintegraran en el acto. Trabajar en esta siderúrgica era muy duro, no solo por los peligros del día a día sino también por la continua exposición al intenso calor en largas jornadas de trabajo. La temperatura del acero licuado en las grandes ollas era extremadamente alta.

Un día, medio bromeando, les decía a mis alumnos que si en realidad queremos hacer que la gente que acuda a ese museo sienta algo parecido a lo que debieron sentir quienes trabajaron en esas condiciones en Fundidora, deberíamos cerrar las puertas de ese espacio y subir la temperatura a 60 grados centígrados. Creo sinceramente que ese tipo de museografía que pone el acento en el espectáculo le hace un flaco favor al auténtico significado histórico de estos lugares.

A pesar de que la siderúrgica cerró hace 30 años, las personas mayores de Monterrey recuerdan bien el funcionamiento de Fundidora y detalles curiosos como que a las doce del mediodía, todos los días, sonaba el intenso pitido que marcaba el cambio de turno, el cual se oía en toda la ciudad. Pero si le hablas hoy a las generaciones jóvenes sobre el significado de esta compañía es probable que te encuentres con que no tienen ni la menor idea.

L.P.: Veo que le das un valor muy alto a esa relación entre patrimonio e historia.

J.M.: Sí, por supuesto, para mí es fundamental. De hecho, un alumno de maestría que hace su tesis sobre las fábricas de Monterrey y sus significados me platicaba hace poco que están organizando en Fundidora diversos eventos de distinta índole –probablemente con motivo del 30 aniversario del cierre–, pero que nunca han invitado a anti-

guos obreros, a esos trabajadores que todavía viven y que podrían transmitir directamente su experiencia a los más jóvenes, lo que implicó estar allí. Para mí eso es lamentable.

Sería una buena oportunidad para darle otro enfoque a la valoración del patrimonio contar con los protagonistas aún vivos, pero, insisto, estamos convirtiéndolo todo en espectáculo, hemos caído en esas redes globales que obligan a que toda actividad cultural sea divertida y entretenida, porque de lo contrario estará condenada al fracaso.

L.P.: En alguna de las conferencias que has impartido estos días te escuché hacer la diferenciación entre turista y viajero como una forma de reorientar la valoración del patrimonio construido. Mencionas en algún escenario que una buena idea en busca de este objetivo sería cerrar durante unos días estos sitios a los turistas y dejarlo solo para los viajeros. ¿En qué consiste la diferencia?

J.M.: Hace poco se lo planteé a Juan Calatrava, profesor de la Universidad de Granada, a propósito de lo que ocurre en la Alhambra, en España. A Juan le gustó la idea, incluso como para mencionársela al director del patronato de la Alhambra. Surgió a propósito de los estudios que yo estaba realizando sobre la obra del arquitecto mexicano Luis Barragán. Siempre me ha interesado mucho poder visitar la Alhambra y percibir lo que Barragán destacaba de ella, valores y cualidades como el silencio, el murmullo del agua que se siente cuando se ingresa a los patios. Obviamente, en las condiciones actuales determinadas por el turismo de masas eso es imposible. Pude experimentar algo así en la visita que hice a la Biblioteca Virgilio Barco aquí en Bogotá, porque, tratándose de una biblioteca, el silencio es algo obligado. Ese silencio permite escuchar el murmullo del agua cayendo en pequeñas cataratas y en distintos recorridos. Hacer hoy la visita que hizo Barragán en su día a la Alhambra es absolutamente imposible, sobre todo por la cantidad de gente que tienes alrededor, algunos hablando casi a gritos, circulando velozmente, etc.

La era del consumismo es así; hay gente que cree que porque ha pagado una entrada tiene todo el derecho del mundo a gastar el lugar, a consumirlo en el peor sentido del término. Gente que asume que tiene derecho a “destruir” el lugar, aunque “solo” sea escribiendo sobre un muro para declararle el amor a su pareja. De hecho, me han menciona-

do que el deterioro de la Alhambra ha sido mucho mayor en los últimos cincuenta años que en los dos o tres siglos anteriores. Las razones son obvias; hoy por hoy es el monumento más visitado de España, incluso por encima del Museo del Prado. Recuerdo la última vez que estuve; fue una visita desagradable por lo ya señalado y de ahí surgió la idea de que el Patronato de la Alhambra tal vez podría abrir una lista en la que se registraran personas (viajeros) con intereses culturales, científicos o académicos a las que, tal vez dentro de 10 o 15 años, se permitiera el acceso al recinto durante unas horas en grupos reducidos y sin presencia de turistas. Es decir, esperaríamos el tiempo que hiciera falta con tal de que se nos garantizaran esas condiciones de visita.

No se puede generalizar, pero muchos turistas recalcan a menudo en estos lugares por inercia, porque van con un grupo de amigos o familiares y visitan el conjunto porque sí, porque si estás en Granada no puedes dejar de hacerlo, pero sin que medie un verdadero interés cultural. Ese turismo va a continuar y no se puede hacer nada por detenerlo. Sin embargo, sería oportuno pensar también en quienes quieran disfrutar la Alhambra de otra manera, en condiciones de mayor silencio y tranquilidad, como hizo en la década de 1920 el viajero Luis Barragán. No se interprete esto, por favor, en términos de lo que Bourdieu definió alguna vez como “racismo intelectual”. Lo único que digo es que, en función de mis intereses culturales actuales, visitar hoy la Alhambra en las condiciones impuestas por el turismo masivo me aporta poco o nada.

L.P.: Ese sería el viajero desde tu punto de vista...

J.M.: Sí, un viajero que no debe confundirse con el turista contemporáneo, aun cuando reconozco que no existe un perfil único u homogéneo de turista y que teóricamente existe algo que se llama “turismo cultural”. Creo que, a diferencia del turista, el viajero antepone el conocimiento al ocio y la diversión a la hora de moverse, y eso le hace ser también mucho más libre en sus desplazamientos, sin ataduras de ningún tipo, mezclándose con todo el mundo, alojándose en cualquier lugar y buscando experiencias auténticas. Este punto de vista se podría aplicar también a un caso como el de Villa de Leyva, donde cada equis tiempo pudieran reservarse un par de días para quienes quieran experimentar el recorrido por el pueblo en condiciones de mayor tranquilidad, calma y sosiego, sin tener que toparse con reclamos publicitarios a cada paso, sin autos, sin ruido,

sin todo ese dispositivo creado para los turistas, confraternizando con los vecinos, etc.

L.P.: En todo caso, el turismo parece un mal necesario y son más comunes los esfuerzos por atraerlo que por repelerlo. Habría que aprender a vivir con ello, ¿no crees?

J.M.: Sí, ya dije antes que el turismo masivo va a seguir y que no podremos hacer nada por detenerlo. Es evidente que cada vez somos más seres humanos en el planeta y también es claro que han aumentado las personas que tienen capacidad económica para viajar y recorrer el mundo; no hay duda, por tanto, de que el fenómeno turístico va a crecer mucho más. Lo que propongo son precisamente formas más agradables de convivir con él, alternativas compatibles que son también de algún modo formas de resistencia. Y habrá que enfrentar la excesiva instrumentalización económica del patrimonio, porque los riesgos que se corren son muchos, tal como revela el caso de Villa de Leyva. Me refiero a que dentro de algún tiempo pueda quedar transformada la pintoresca localidad en una especie de parque temático, y esa mutación anule todo rastro de autenticidad. Habrá quien diga que eso también es una impostura, pues no es posible restituir Villa de Leyva a una época histórica concreta; el pueblo ha tenido muchas épocas y ha ido transformándose desde el mismo momento de su fundación en el siglo XVI. Efectivamente, ya no es la misma población de los orígenes, ni siquiera del siglo XIX, pero quedan huellas espaciales, formales y ambientales de otras épocas, rasgos singulares que han permanecido a través del tiempo. Eso es lo que merece la pena descubrir y experimentar. El concepto de “autenticidad” ha sido abordado en muchos debates sobre patrimonio y constituye el eje rector de documentos internacionales como la Carta de Nara de 1994. Frente a la amenaza del parque temático, creo que todavía es legítimo defender un mínimo de autenticidad en lugares como este.

L.P.: Es una suerte de contradicción contemporánea del patrimonio. Porque es patrimonial justamente por el carácter auténtico, pero a medida que su fama crece por su carácter auténtico y la gente quiere verlo e irse a vivir allí, pone en riesgo ese carácter de peculiaridad.

J.M.: Claro, y desdibuja a tal punto el territorio que lo arriesga a quedar reducido a una falsedad, a un simple

acartonamiento. Eso es precisamente lo que debe ser combatido. Es la sensación que tuve en uno de los llamados pueblos mágicos de México, un lugar emblemático como San Miguel de Allende, en Guanajuato. Mi sensación al visitarlo fue de cierta decepción, pues lo encontré atestado de turistas norteamericanos y al recorrer sus calles eché en falta precisamente esa autenticidad ambiental de la que hablamos. Por eso decía que la autenticidad tal vez implique también recorrer esas calles con poca gente, entre otras cosas porque el pueblo que ha llegado hasta hoy nunca tuvo esas multitudes vagando por sus calles.

Finalmente, me gustaría mencionar un aspecto importante en relación con el patrimonio en Latinoamérica, un riesgo añadido, que no se encuentra –o al menos no en la misma proporción– en otras partes del mundo como Europa. Me refiero al tema de la pobreza y la desigualdad. Me preguntaba un día con qué derecho voy a exigirle al ciudadano de Nuevo León que se levanta a las cinco de la mañana, que llega a su casa a las ocho de la noche, cansado después de una jornada agotadora, que percibe un sueldo mísero y que por tanto se siente explotado, con qué legitimidad voy a exigirle a esa persona que se preocupe por el patrimonio. Me va a mandar a la mierda y con razón. La verdadera apropiación del patrimonio por parte de la sociedad solo podrá venir de la mano con mejoras significativas en la calidad de vida de los ciudadanos, que hagan que puedan disponer de más tiempo libre sin otras preocupaciones. Tiempo que dé la opción de salir a la calle a tomar un café y, de paso, tal vez a recrearse en la contemplación de ciertos monumentos, o tiempo quizá para poder leer un pequeño artículo de periódico sobre patrimonio local.

La realidad, lamentablemente, es muy diferente. Estamos hablando de gente explotada, con poco o incluso ningún tiempo libre, y en este sentido la valoración del patrimonio requiere tiempo, tiempo para ver, para visitar, para contemplar, para apreciar, para analizar, para cuestionar, para informarse. Ese tiempo favorecería sin duda una apropiación social del patrimonio que permita defenderlo, porque, repito, un patrimonio limitado al interés de una élite académica es un patrimonio absolutamente vulnerable, completamente en riesgo.